

## Por los caminos de Europa

# LAS PROPINAS

por Ignacio Martín Baró

Entre los rasgos y costumbres con que el viajero tiene que enfrentarse al ir de un país a otro, está el uso de las propinas. La propina es esa pequeña gratificación que le damos al camarero que nos atiende en un restaurante, al mozo que nos lleva el equipaje en el aeropuerto, o a la señorita que nos acomoda en el cine.

Originalmente, según el diccionario, la propina era una colación o agasajo que se repartía entre los concurrentes a una junta, y que posteriormente se redujo a una remuneración en dinero. Lo que no nos dice el diccionario es que la propina, en muchos casos, llega a convertirse en la fuente principal de ingresos de algunos trabajadores, como tampoco que es una de las costumbres más traicioneras. Nunca olvidaré la mala pasada que me jugó, hace muchos años, en un aeropuerto hispanoamericano. Un hombre, vestido pobremente, llevó mi maleta desde la puerta hasta el taxi: un recorrido realmente infimo. A pesar de todo, el hombre esperaba su propina. Le di las primeras monedas que encontré en mi bolso, cuyo valor desconocía. Desdichadamente, porque cuando me enteré de su poder adquisitivo no pude evitar el sonrojo: dar eso, era casi una ofensa.

En Estados Unidos, el sistema de propinas es bastante complejo... y bastante caro. Existe una regulación implícita de estas remuneraciones «voluntarias», regulación de la que me informé detalladamente antes de llegar a suelo norteamericano, por medio de un librito sobre la materia. En un restaurante, uno debe dar un 10 por 100 de la consumición; a un mozo de estación o a un taxista, no menos de uno o dos dólares.

En España, hasta hace poco, no existía, que yo sepa, ninguna de estas «regulaciones» sobre la propina. Para mí, era terriblemente desesperante que, al preguntarle a un mozo de estación cuánto le debía por su servicio, me dije-

ra: «La voluntad». Voluntad, ya tenía. Pero lo que yo deseaba saber era «cuánta debía ser mi voluntad». Por eso me causó una gran alegría el que, en mi última visita a España, el mozo de la estación de Irún, que estubo llevando mis maletas durante un buen rato, dijera: «Son sesenta pesetas, señor.» Me pareció un precio justo por su servicio. Y le di quince pesetas de más. La voluntad... y la propina.

Para mi sorpresa, en Alemania no existe prácticamente la costumbre de dar propinas —rasgo que encaja muy bien dentro del espíritu de orden, propio del carácter alemán—. Más aún, por lo general, ni siquiera se concibe la posibilidad de la propina. La propina es como una improvisación al margen de todo lo establecido, un pequeño juego de imaginación humana. Y, en Alemania, la «propina» ya está incluida en el coste del servicio. No hace mucho, le compraba yo unos bocadillos a un vendedor ambulante en un tren alemán. «Son tres sesenta, señor.» Le entregué un billete de cinco. Al darme un marco de vuelta, le di las gracias, indicándole que se quedara con el resto. Con cara sorprendida me dijo: «Todavía le faltan cuarenta pfennigs, señor.» Me sonreí para mis adentros y recogí los cuarenta pfennigs restantes. Pienso que en muchos otros sitios, se hubiera sobrentendido que esos centavos quedaban de propina.

Yo no soy enemigo de las propinas. Más aún, siempre que puedo, procuro ser generoso en ellas. Sin embargo, creo que la costumbre alemana de incluir la propina en el servicio está muy bien. Porque si la propina nos puede ayudar en muchas ocasiones, en otras muchas nos juega malas pasadas. Como cuando no tenemos más que billetes grandes... o cuando no conocemos el valor adquisitivo de la moneda local. Personalmente, todavía me sigo sonrojando cuando pienso en lo que le di al hombre de aquel aeropuerto hispanoamericano.